

ESPAÑOL

Alighieri Aretino Boccaccio
Carducci Campanella
Carroll Compagni
 Foscolo
Goldoni Gozzano
Lao-Tzu Machiavelli
 Pascoli
Pirandello
Tassoni Rabelais Platone

VIRTUALBOOKS

Apoio:



Patrocínio:



Bradesco

Realização:



**DOBLE CRIMEN EN LA
CALLE MORGUE**
Edgar Allan Poe

Copyright © 2000, virtualbooks.com.br

Todos os direitos reservados a Editora Virtual Books Online M&M Editores Ltda.É proibida a reprodução do conteúdo desta página em qualquer meio de comunicação, eletrônico ou impresso, sem autorização escrita da Editora.

DOBLE CRIMEN EN LA CALLE MORGUE

Edgar Allan Poe

La canción que las sirenas cantaban, o el nombre que Aquiles tomó al huir de las mujeres, todavía son cuestiones que dejan perplejo, no están fuera de toda conjetura.

Sir Thomas Browne: *El entierro en la urna*

Las facultades mentales definidas como analíticas son, en sí mismas, muy difíciles de analizar. Las captamos, únicamente, por sus efectos. De ellas conocemos, entre otras cosas, que siempre son para el que las posee - en grado extraordinario - una fuente de vivísimo deleite. Así como el hombre fuerte disfruta con sus condiciones físicas, y más cuando provoca a sus músculos para la acción, así el analista disfruta con esta actividad moral que se esfuerza para *desembrollar* lo que parece insoluble. Obtiene peculiar gozo hasta de las más triviales ocupaciones que ponen en juego sus talentos. Se entusiasma por los enigmas, acertijos y jeroglíficos, y en cada una de las soluciones halladas muestra un grado de *agudeza* que al vulgo le parece un don sobrenatural. Sus resultados, deducidos por el alma misma y la esencia del método tienen, realmente, la apariencia de una intuición. Esta facultad de resolución es, quizá, muy robustecida por los estudios

matemáticos y, especialmente, por aquella su altísima rama que tan injustamente, y sólo teniendo en cuenta sus operaciones previas, ha sido llamada, por *excelencia*, *análisis*. Y, sin embargo, calcular no es, intrínsecamente, analizar.

Por ejemplo, un ajedrecista, realiza lo primero sin preocuparse por lo segundo. De ello se deduce que el juego de ajedrez, en sus efectos sobre la naturaleza mental del mismo, es bastante mal entendido.

No estoy escribiendo aquí tratado, sino, sencillamente, un prefacio a una narración un tanto singular, con unas cuantas observaciones muy a la ventura.

Aprovecho esta oportunidad para afirmar, pues que las altísimas potencias del entendimiento reflexivo son más eficientemente empleadas en el modesto juego de las damas que a través de la complicada frivolidad del ajedrez. En este último juego, en que las piezas tienen raros y diversos movimientos, con valores varios y variables, lo que sólo es complicado se toma equivocadamente - error muy frecuente - por algo profundo. La atención es llamada aquí poderosamente y puesta en juego. Si uno se distrae, si se incurre en un descuido, la resultante puede ser una pérdida o la derrota.

Como quiera que los movimientos posibles son no sólo múltiples sino entrelazados, los azares de los descuidos se multiplican, y, por ello, de cada diez casos, gana nueve el jugador más concentrado, no el más diestro. En cambio, en el juego de damas, donde los movimientos son *únicos* y de escasa variedad, las posibilidades de distracción son mínimas, y como la atención flota relativamente distraída, las ventajas que cada una de las partes consigue se deben a su superior perspicacia personal.

Para ser menos abstractos, supongamos un juego de damas cuyas piezas se han reducido a cuatro reinas - valga la hipótesis - y en donde, por tanto, no es de esperar descuido alguno. En tal caso es evidente que la victoria sólo puede ser decisiva (estando como están los jugadores en absoluta igualdad de condiciones) por algún rebuscado movimiento, producto de algún poderoso esfuerzo de la inteligencia.

Privado de los recursos ordinarios, el analista penetra en el espíritu de su adversario, se identifica con él y, no pocas veces, de una sola ojeada, el único medio - en realidad, absurdamente sencillo las más de las veces - puede inducirle a error o arrastrarlo a un cálculo equivocado.

Desde hace mucho tiempo se ha citado al *whist* por su influencia en lo que se denomina facultad calculadora. Se ha observado que hombres de aguda inteligencia han hallado en él un goce al parecer inexplicable, mientras dejaban el ajedrez por considerarlo frívolo. Sin duda, no existe juego análogo que ejercite tanto la facultad de análisis. El mejor ajedrecista de la cristiandad puede no ser más que el mejor ajedrecista. Pero la pericia en el *whist* implica ya una capacidad de triunfo en todas aquellas empresas más importantes en que una inteligencia lucha contra otra inteligencia. Y cuando digo pericia quiero decir aquella perfección en el juego, que incluye la inteligencia de todas las fuentes donde pueda derivarse una ventaja legítima; estas fuentes no sólo son múltiples, sino multiformes, y se encuentran, a menudo, en profundos recovecos del pensamiento, del todo inaccesibles para las inteligencias mediocres.

Observar atentamente es recordar distintamente; y, desde este ángulo, el ajedrecista capaz de intensa concentración jugará muy bien al *whist*, ya que las reglas de Hoyle - basadas en el simple mecanismo del juego - son fáciles y generalmente comprensibles. Así, el disfrutar de una memoria fiel y proceder según "el libro", son puntos corrientemente considerados como el *summum* del perfecto jugador. Pero en los casos fuera de regla es donde el analista capaz demuestra su inteligencia. En silencio, efectúa una serie de observaciones y deducciones.

Probablemente, sus compañeros se comportarán por un igual, y la diferencia en la extensión de las informaciones conseguidas no se basará tanto en la validez de la deducción como en la calidad de la observación.

Es necesario conocer, saber, qué ha de observarse. Nuestro jugador no se confina en el interior de su propio juego, ni porque este juego sea en el momento su principal objeto, no rechazará las posibles deducciones surgidas del exterior. Examina el semblante de su compañero, y lo

compara cuidadosamente con el de cada uno de sus adversarios. No le pasa por alto la manera de distribuir las cartas a cada mano; muchas veces contando triunfo por triunfo y tanto por tanto, observando las miradas de los jugadores a sus cartas, aunque traten de disimular su descontento, o contento. Capta cada una de las variaciones de los rostros a medida que avanza el juego, y recoge un capital de pensamientos en las diversas expresiones de acritud, de sorpresa, de triunfo o de malhumor. Por la simple manera de recoger una baza deduce si la misma persona podrá hacer la que sigue. Olfatea lo que se juega disimuladamente por el aire con que se tira la carta sobre la mesa. Una palabra casual o involuntaria; una carta caída o doblada accidentalmente, sin querer, con la ansiedad y el descuido que acompaña al movimiento para evitar que sea vista; la cuenta de las bazas y su ordinación; la perplejidad, la vacilación, la avidez, el estremecimiento, todo ello depara al buen observador indicaciones - que no son intuición - del verdadero estado de cosas. Una vez jugadas las dos o tres primeras tandas, conoce a fondo el juego que cada mano contiene, y, por consiguiente, tira su carta con una precisión de resultado tan absoluta como si los demás jugadores tuvieran vueltas sus cartas de cara a él.

La facultad analítica no debe confundirse con el simple ingenio; porque, mientras el analista es, necesariamente, ingenioso, el hombre ingenioso es, a menudo, remarcablemente, incapaz de analizar.

La facultad constructiva o combinatoria por la que, usualmente, se manifiesta el ingenio, y a la cual los frenólogos - creo yo que equivocadamente - han asignado un órgano separado, suponiéndola una facultad primordial, ha sido observada con tanta frecuencia en gente de una inteligencia rayana en la idiotez, que ha llamado la atención de los escritores psicólogos. Entre el ingenio y la aptitud analítica media una diferencia mucho más grande que entre la fantasía y la imaginación, pero de un carácter muy estrechamente análogo.

En resumen, fácilmente se observará que los ingeniosos son siempre dotados de fantasía, y que los *verdaderamente* imaginativos jamás

dejan de ser analíticos.

La narración que sigue aparecerá para el lector un poco bajo la luz de un comentario de las proporciones que acabo de exponer.

Durante la primavera y buena parte del verano del 18..., me encontraba yo en París, donde conocí a un señor llamado Augusto Dupin.

Este caballero, joven aún, descendía de una excelente - mejor expresado -, ilustre familia; pero a causa de una larga serie de adversidades, en realidad ajenas a él, se vio reducido a la pobreza, de forma tal, que su temperamento se desplomó y sin pena ni gloria renunció a sus mundanas ambiciones de otro tiempo, ni siquiera le quedó un átomo de energía para intentar, sólo intentar, la recuperación de su naufragada hacienda. Gracias a la benevolencia de sus acreedores, pudo retener todavía un diminuto rescoldo de su patrimonio, y con lo que éste le rentaba sometido a una rigurosa economía el buen caballero podía subvenir a las modestas necesidades de su vida, sin preocuparle lo más mínimo las superfluidades. En realidad, el único lujo que se daba eran los libros - si es que tal *vicio* es un *lujo*, según el parecer de tontos y analfabetos -, y los libros, en París, no son difíciles de adquirir.

Nuestra amistad se inició en una oscura biblioteca de la calle Montmartre, donde la casualidad nos puso allí a los dos en la busca de un mismo volumen, notable y raro. Aquella coincidencia nos encarriló en estrecha amistad muy pronto, y, desde entonces, nos vimos a menudo, casi a diario.

Pronto sentí inusitado interés por la historia de su asendereada familia, que me relató, ingenuamente, con preciosos pormenores, con la franqueza y claridad que sólo un francés culto sabe hacerlo, cuando se abre y habla de sí mismo. En otro aspecto, Dupin me asombraba del cuantioso número de sus lecturas, y, por encima de todo, me llegaba al alma su vehemencia, la frescura de su imaginación.

La muy peculiar índole de las investigaciones que, en aquel entonces, me retenían en París, me dieron a comprender que la amistad con tal caballero significaba para mí una prodigalidad que el azar me había

deparado, un tesoro inapreciable. Y con esta creencia me entregué, sin reservas, a él.

Los dos convinimos en vivir juntos durante todo el tiempo que durase mi estancia en París, y como mi economía se desenvolvía con mucha más agilidad que la suya, me fue permitido participar, en mayor escala, en los indispensables gastos de alquiler y amueblar una vieja casa, semiabandonada por motivos o suposiciones que no nos entretuvimos en averiguar, en un desolado rincón del *faubourg* Saint-Germain. La amueblamos de común acuerdo, en relación con nuestro carácter un tanto fantástico, un tanto melancólico; a veces la casa se estremecía toda ella y daba la sensación de que iba a derrumbarse.

Si alguien nos hubiese observado pacientemente, al comprobar la rutina de nuestra vida en aquel inhóspito lugar, nos habría calificado de locos, aunque inofensivos.

No recibíamos visitas y nuestra reclusión era del todo completa.

El lugar de nuestro común retiro era secreto celosamente guardado para mis antiguos compañeros, y Dupin había dejado de frecuentar o hacerse visible en París. Vivíamos exclusivamente para nosotros.

Una de las rarezas de la manera de ser de mi amigo - desde mi punto de vista, claro - era su amor a la noche: lo que se dice un empedernido noctámbulo. Mas, con esa rareza, como con las demás de él, yo transigía sin esfuerzo alguno, y me entregaba a sus personales caprichos con total abandono.

No siempre podía estar con nosotros la noche, claro, pero sí falseábamos su presencia. Tan pronto alboreaba, cerrábamos los gruesos postigos de nuestra vetusta vivienda y encendíamos un par de bujías perfumadas, de un perfume intenso, que sólo daban un resplandor muy pálido. Sumergidos en esta tímida claridad, soltábamos libremente nuestras almas por los espacios, a soñar; leíamos infatigablemente, escribíamos o conversábamos hasta que el reloj nos advertía que la verdadera oscuridad había llegado. Entonces, cogidos del brazo, salíamos a pasear por aquellos andurriales, continuando, animadamente, la conversación del día, yendo a la deriva sin plan

precisamente fijado, en busca, a través de las luces y sombras de la gran ciudad, de algunas de esas excitaciones mentales que la sosegada meditación no puede procurar.

En tales circunstancias, yo debía de admirar a Dupin, por su esplendoroso y transparente imaginación, por su lógica, por su talento sagazmente analítico.

El, por su parte, se deleitaba intensamente ejercitándolo - aunque no precisamente en ejercerlo -, y confesaba, llanamente, el intenso placer que ello le reportaba.

Ante mí se vanagloriaba, burlón, de que para él muchos hombres llevaban ventanas abiertas en sus pechos. Y apoyaba sus asertos utilizando, como ejemplo a mano, directas y sorprendentes pruebas de su conocimiento respecto a lo más recóndito de mi persona; lo que, claro, reafirmaba la estima y la admiración que por él sentía yo.

Cuando Dupin se expresaba así, dando rienda suelta a su afición, el entusiasmo que, sin duda, le embargaba no aparecía a flor de piel: se mostraba glacial y abstraído, como un consumado matemático para el cual las ciencias exactas no sorprenden. Su mirada flotaba inexpresiva, y su voz de temor se elevaba a voz de tiple, no petulante, sino ponderada y de correcta dicción.

Con frecuencia, cuando le veía en tales disposiciones de ánimo, reflexionaba ya sobre la antigua filosofía del Alma Doble, y la hipótesis de un Dupin doble me divertía: el Dupin creador y el Dupin analítico. Por lo que acabo de escribir, no debe de creerse que estoy endosando un pasatiempo misterioso o un folletín, no. Mis sostenidas observaciones a propósito de este preclaro francés sólo son, quizá, el resultado de una hiperestésica inteligencia, quizás enferma.

Un ejemplo bastará para dar una mejor comprensión de lo que estoy diciendo.

Cierta noche paseábamos por una calle larga y sórdida de las cercanías del Palais Royal. Los dos nos hallábamos sumergidos en nuestros propios pensamientos, y durante un cuarto de hora, por lo menos, no pronunciábamos un monosílabo...

Fue Dupin quien rompió aquel silencio con estas meditadas palabras:

- La verdad es que ese muchacho es demasiado pequeño y se encontraría bastante mejor en el *Théâtre des Variétés*.

- Sin duda alguna - coincidí, automáticamente, sin darme cuenta exacta de lo que decía: tan entregado estaba yo a mis reflexiones, y sin relacionar, conexionar, en aquel momento, la manera extraordinaria con que Dupin había trenzado sus palabras con mis calladas meditaciones... Unos instantes después reaccioné y experimenté un asombro profundísimo.

- Amigo Dupin - le dije gravemente -, confieso que lo que acaba de suceder sobrepasa mi facultad de comprensión. Le manifiesto, sin vacilar, que estoy asombrado; no sé si dar crédito a lo que he oído, o me parece haber oído... ¿Cómo es posible que usted haya adivinado lo que estaba pensando?... - y al llegar aquí me callé para asegurarme de que él, en realidad, sabía en quién pensaba.

- ¿En Chantilly? - me preguntó -. ¿Por qué se ha callado usted?... Usted pensaba que la escasa estatura del muchacho no era la más adecuada para dedicarse a la tragedia.

En efecto: ¡éste era el tema, precisamente, de mis últimas reflexiones! Chantilly, ex zapatero remendón de la calle Saint-Denis, era un ferviente apasionado del teatro y había estudiado concienzudamente el papel de Jerjes, en la tragedia de Crebillon. Pero sus meritorios esfuerzos, dignos de mejor suerte, resultaron baldíos, provocaron (sin duda a causa de su baja estatura) la risa del público.

- Dígame usted, por favor - le rogué -, ¿qué método ha empleado, si es que hay alguno, para penetrar tan certeramente en el interior de mi pensamiento en este caso concreto?

- ¡Oh, la cosa no es muy complicada! ¡Nada tiene de sobrenatural! - me contestó mi amigo -: Ha sido el frutero quién le ha conducido a usted a la conclusión de que el zapatero no tiene una estatura suficiente para interpretar el papel de Jerjes ni para otros papeles de tipo arrogante.

- ¿El frutero?... No entiendo... ¡Yo no conozco a ningún frutero!

- Sí, es igual que le conozca o no. Me refiero al hombre con quien ha tropezado usted cuando entrábamos en esta calle, hace unos quince minutos.

Entonces recordé que un vendedor de frutas, que llevaba sobre su cabeza una canasta repleta de manzanas, por poco me hace caer, involuntariamente, claro, cuando de la calle C... desembocábamos a la larga callejuela que pisábamos. Mas yo no podía conexionar este fortuito hecho con Chantilly. Por otra parte, habría sido impropio atribuir la más leve verborrea a Dupin.

- Se lo explicaré detalladamente - me dijo mi amigo -. Para que usted pueda percatarse con claridad de todo, repasemos, primero, en sentido inverso, el curso de sus reflexiones, desde ahora, desde este preciso instante en que le estoy hablando, hasta el del tropezón con el frutero. En tal sentido, los más importantes eslabones de la cadena se han sucedido en este orden: Chantilly, Orión, doctor Nichols, Epicuro, estereotomía, los adoquines y el frutero.

Pocas personas existen que no se hayan entretenido alguna vez en recorrer, a la inversa, las etapas que le han conducido a ciertas conclusiones. Es un ejercicio ameno, y el que se dedica a ello, ya a la primera vez se queda sorprendido de la aparente enorme distancia y carencia de ilación que, al parecer, hay entre la meta final y el punto de arranque. ¡Cuál no sería, pues, mi asombro, al escuchar las palabras de Dupin, que eran verdad!

Mi amigo continuó:

- Si no recuerdo mal, al dejar la, calle C..., hablábamos de caballos; y, al entrar en esta callejuela, un frutero, cargado con una gran canasta atiborrada de fruta, cruzó, velozmente, ante nosotros, y a usted le empujó contra un montón de adoquines, en un sitio que están reparando el empedrado. Para no - perder el equilibrio y evitar caerse, puso el pie en una de aquellas piedras esparcidas, pero resbaló y me pareció que se había torcido levemente el tobillo. Naturalmente, usted sintió, y no disimuló, cierto fastidio y un pequeño dolor, soltó unas palabras confusas, volvióse para mirar aquellas pilas de adoquines mal

acondicionadas, y prosiguió su camino en silencio. Lo cierto es que yo no prestaba excesiva atención a usted en tales momentos; pero desde tiempo, la observación es para mi una especie de indispensable necesidad... Usted andaba cautamente, con la mirada fija en el suelo, atento a los muchos baches y a las roderas del piso, y deduje, claro, que temeroso, continuaba usted pensando en las piedras. Así siguió usted hasta que llegamos a la callejuela Lamartine, que, en plan de experimentación, la han pavimentado con tarugos acoplados geométricamente. Al entrar en ella, observé que el rostro de usted se iluminaba y que sus labios se movían casi imperceptiblemente, y por su movimiento deduje que pronunciaba usted la palabra “estereotomía”, término que, con cierta pretensión, se aplica a esta nueva modalidad de pavimentos. Por mi parte, no dudaba que usted no podía pronunciar tal palabra sin, por asociación, pensar en los átomos, y, finalmente, en las teorías de Epicuro... Y como sea que, no hace mucho, habíamos discutido este tema, habiéndole antes consignado a usted de qué forma tan singular, y sin que ello haya sido remarcado, las tenues conjeturas de ese sabio griego han hallado, en la cosmogonía nebular de nuestro tiempo, plena confirmación. Por todo ello he comprendido que a usted le vendría la tentación de dirigir sus ojos a Orión, la gran nebulosa, y, plenamente convenido de ello, he aguardado a que lo hiciera. No se ha hecho esperar usted, ha mirado al cielo, y entonces ya no he dudado ni lo más mínimo de que yo seguía acertadamente el hilo de todos sus pensamientos.

Mi asombro iba en aumento, rendido ante una clarividencia tan sobresaliente.

Imperturbable, mi amigo prosiguió desarrollando lógicamente los eslabones de aquella cadena de hechos.

- Ahora bien, en la mordaz crítica sobre Chantilly, insertada ayer en el Musée, el escritor satírico, sin compasión lanza alusiones de veras mortificantes al cambio de nombre del zapatero al calzarse el coturno, y cita un verso latino al que nosotros nos hemos referido otras veces: Perdidit antiquum littera prima sonum...

... Recuerdo haberle dicho a usted que este verso se relaciona con la palabra *Orión* que, en un principio, se escribía *Urion*. Además, por ciertas discusiones que habíamos sostenido sobre mi interpretación, abrigaba la seguridad de que usted no lo había olvidado. Por lo que era seguro que usted asociaría las dos ideas: Orión y Chantilly, y ello lo he comprendido al instante por la sonrisa que he visto en sus labios: ¡estaba pensando usted, pues, en la inmolación del deschizado zapatero!... Hasta ese momento usted iba caminando con el cuerpo encorvado, pero, a partir de ese preciso momento, usted se irguió, como tocado por un invisible resorte, y recobró totalmente su estatura: tal digamos reacción me confirmó que usted, entonces, pensó en Chantilly y su diminuta figura, del todo inadecuada para los papeles que a él le gustaría interpretar... Y entonces le he interrumpido en sus pensamientos diciéndole que el muchacho, por ser demasiado pequeño (demasiado pequeño para interpretar tipos arrogantes), encajaría mejor en el *Théâtre des Variétés*.

Dupin y yo, minutos después, hojeábamos un ejemplar, de la tarde, de la última edición de la *Gazette des Tribunaux*.

UNOS ASESINATOS MISTERIOSOS

Interesados vivamente los dos por la extraordinaria noticia, nos acomodamos y la leímos de carretilla, íntegra, y luego más pausadamente, con interrupciones y comentarios:

UNOS ASESINATOS MISTERIOSOS

La pasada madrugada, alrededor de las 3, los vecinos del *quartier* Saint Roch se vieron despertados y sorprendidos por unos espantosos gritos que, al parecer, procedían del cuarto piso de una casa de la calle Morgue, ocupada, según nuestras primeras informaciones, por madame L'Espanaye y su hija Camila L'Espanaye. Después de varios e infructuosos intentos para penetrar, normalmente, en el domicilio de las dos mujeres, se forzó su puerta de entrada con una gruesa palanca de hierro, y entonces entraron en él dos gendarmes y ocho o diez vecinos.

En aquellos momentos los espantosos gritos cesaron; pero cuando aquellas personas llegaron al primer rellano de la escalera, oyeron dos o más voces roncadas que parecían discutir con violencia, voces que procedían de la parte alta de la casa. Cuando el grupo llegó al segundo rellano, también aquellos rumores cesaron, definitivamente, y ya todo quedó en absoluto y trágico silencio.

Precisamente, aquellos buenos vecinos recorrieron todas las habitaciones. Por último, cuando llegaron a una amplia sala situada en la parte trasera del cuarto piso, cuya puerta también hubo de ser forzada por estar cerrada por dentro y con llave, un espectáculo horroroso se ofreció a la vista de aquellos vecinos, que se quedaron helados de espanto.

La habitación se encontraba en un desorden muy difícil de describir. Todos sus muebles rotos y sus restos esparcidos, como si un vendaval los hubiese zarandeado. Del lecho no quedaba más que el esqueleto de una cama, cuya cabecera y pie y laterales habían sido desmechados y convertidos en trizas. Encima de una desvencijada silla se encontró una navaja barbera manchada de sangre fresca aún, sin coagular. Sobre la repisa de la chimenea había unos mechones de cabello cano, sanguinolentos, como arrancados de raíz. En el suelo se encontraron cuatro napoleones, un zarcillo adornado con una topacio, tres cucharones de plata, tres cucharillas de metal de Algeria y dos sacos que contenían unos 4,000 francos oro. En un rincón se hallaron los cajones saqueados de un buró, aunque en ellos todavía quedaban algunas cosas.

También se encontró un cofrecillo de hierro. Estaba abierto y su llave estaba aún en su cerradura. Pero sólo contenía cartas de fechas muy atrasadas y otros papeles sin importancia alguna.

A primera vista, ningún rastro de Madame L'Espanaye, pero al notar una gran cantidad de hollín en el hogar, los gendarmes, con la ayuda de los vecinos, practicaron un reconocimiento de la chimenea, y ¡horror!, de su interior se extrajo el cuerpo de la hija, empotrado cabeza abajo e introducido por la angosta abertura, hasta una altura considerable. El cadáver de la infortunada Camila aún estaba caliente. Se comprobaron en él muchas excoriaciones, sin duda ocasionadas por la violencia con que el cuerpo había sido introducido allí, y también por el esfuerzo empleado al sacarlo. Su rostro lo surcaban profundos rasguños. Y alrededor de la garganta, violáceas magulladuras, huellas profundas como producidas por las uñas, pues aquella muerte parecía haber sido producida por estrangulación.

Verificado un minucioso examen en todas las habitaciones, sin lograr descubrimiento alguno de importancia, el grupo se encaminó hacia un pequeño patio ubicado en la parte posterior del inmueble, y allí, horrorizados aún más, hallaron el cadáver de la anciana Madame L'Espanaye, con el cuello seccionado de tal forma que, al levantar su cuerpo, la cabeza se desprendió y cayó al suelo. El cadáver de la desgraciada señora está tan horriblemente mutilado, que puede decirse que no parece humano.

Hasta el momento de cerrar este número, no se ha conseguido la menor pista que permita la aclaración de tan monstruoso doble asesinato.

El diario del siguiente día ampliaba el asunto con estos pormenores:

LA TRAGEDIA DE LA CALLE MORGUE

Gran número de personas han sido interrogadas en relación con tan extraordinario y espantoso *affaire*, pero nada se ha

traslucido hasta el momento actual que dé la más débil luz sobre ello.

A continuación, relacionamos todas las declaraciones más importantes que hemos logrado:

PAULINE DUBOURG, lavandera, declara haber conocido a las dos víctimas durante tres años, por haber lavado para ellas, todo este tiempo. Al parecer, tanto la madre como la hija vivían bien y bien avenidas, se profesaban un mutuo cariño. Eran buenas pagadoras. Nada sabe acerca de su manera y medios de vida. Piensa que Madame L'Espanaye decía la buena ventura para su subsistencia. Tenían fama de poseer dinero arrinconado. No recuerda haber visto jamás a otras personas en la casa cuando iba a recoger la ropa o a devolverla. Está segura de que no disponían de persona alguna para su servicio. Parecía que no había muebles en la casa, excepto en el cuarto piso.

PIERRE MOREAU, vendedor de tabaco, declara que, habitualmente, y durante cerca de cuatro años, ha vendido pequeñas cantidades de tabaco y de rapé a madame L'Espanaye. Ha nacido en el barrio y allí ha residido siempre. Las muertas ocupaban, desde hacía más de seis años, la casa donde han sido hallados los cadáveres. Anteriormente, había sido ocupado por un joyero que realquilaba las habitaciones de la parte alta a diversas personas. El inmueble era propiedad de madame L'Espanaye. Ella había demostrado su descontento por los abusos del joyero, y decidió trasladarse al inmueble, para ellas solas, negándose a alquilar ninguna parte de él. La anciana señora, debido a la edad, chocheaba ya. El testigo dice haber visto sólo cinco o seis veces a la hija durante estos seis años. Las dos llevaban una vida excesivamente retirada y tenían fama de adineradas. Había oído decir a varios vecinos que madame L'Espanaye decía la buena ventura, pero él no se lo

cree. Jamás había visto que persona alguna atravesara aquella puerta, excepto la anciana, su hija, un recadero (un par de veces) y un médico (ocho o diez).

Otras muchas personas del vecindario, declararon en el mismo sentido. De nadie se habla que frecuentase la casa. Se ignora si tenían algún pariente vivo. Muy raramente se abrían los postigos de las ventanas de la fachada principal. En cuanto a los de la parte trasera, también estaban siempre cerrados excepto los de las ventanas de la amplia sala del cuarto piso. El inmueble es una excelente finca, y no de vieja construcción.

ISIDORE MUSET, gendarme, declara que fue llamado para ir a la casa, alrededor de las 3 de la madrugada, y que ya halló, en la puerta principal, veinte o treinta personas que pugnaban por entrar. El forcejeó con su bayoneta, no con una barra de hierro. No le fue dificultoso el abrirla, pues es de dos hojas y sin cerrojo, ni pasador en su parte alta. Los gritos continuaron hasta que la puerta fue forzada, y entonces cesaron de súbito. Parecían los alaridos de una o varias personas, en desesperada agonía; unos alaridos fuertes y prolongados, y no breves ni rápidos. El testigo subió escaleras arriba. Al llegar al primer rellano, oyó dos voces que discutían muy fuerte, con iracundia: una voz era muy gruesa, áspera; la otra muy aguda, y muy extraña. Logró distinguir unas cuantas palabras de la primera, que era de un francés. Afirma rotundamente que no era de mujer, y también pudo distinguir dos palabras: *sacré* y *diable*. La voz aguda era de un extranjero, pero no pudo asegurar si era de mujer o de hombre. No pudo descifrar lo que decía, pero cree que hablaba en español. Este mismo testigo dio cuenta del estado de la casa y de los cadáveres en los términos que ayer nosotros nos expresamos.

HENRI DUVAL, un vecino, de oficio platero, declara que él

formaba parte del grupo en primero entró en la casa. En general, corrobora las declaraciones del gendarme Muset. Tan pronto como la entrada fue forzada, volvieron a cerrarla para evitar el paso a la muchedumbre que se agolpó allí, no obstante lo intempestivo de la hora. Este testigo opina que la voz aguda era de un italiano; para él seguro que no era de un francés. En cambio no puede inclinarse a que fuese de hombre, quizás era de mujer. No sabe, no habla italiano; no pudo distinguir las palabras, pero está convencido, por la entonación, que el individuo que hablaba era italiano. Conocía a madame L'Espanaye y a su hija, y había conversado con ellas frecuentemente. Está del todo seguro que la voz aguda no era de ninguna de las víctimas.

ODENHEIMER, fondista. Este testigo se ha ofrecido voluntariamente. No habla francés, y es interrogado con la ayuda de un intérprete. Nació en Amsterdam. Pasaba por delante de la casa a la hora de los gritos. Se detuvo unos minutos; dice que unos diez. Eran prolongados y fuertes, causaban espanto, aflicción. Fue uno de los que entraron en la casa. Corrobora lo dicho por el testimonio precedente, excepto en un punto. Está cierto que la voz aguda era de hombre y francés. No pudo distinguir con claridad las palabras emitidas. Eran fuertes y rápidas, desiguales, expresando ira y miedo a la vez. La voz era áspera, más bien que aguda. La voz grave dijo repetidamente *sacré, diable* y una vez *mon Dieu*.

JULES MIGNAUD, banquero de la casa *Mignaud e Hijos*, de la calle Defontaine. Es el mayor de los Mignaud. Madame L'Espanaye poseía algunos caudales. Había abierto una cuenta en su banco, en la primavera del año ... (unos ocho años antes). Depositaba con frecuencia pequeñas cantidades. Nunca había retirado cantidad alguna hasta tres días antes de su muerte, en

que ella misma en persona se llevó 4,000 francos. Esta cantidad le fue pagada en oro, y un dependiente mío fue el encargado de llevársela a su casa.

ADOLPHE LEBON, dependiente de *Mignaud e Hijos*, declara que en el día en cuestión, al mediodía, acompañó a madame L'Espanaye a su residencia, con los 4,000 francos, en dos sacos. Cuando abrieron la puerta, apareció mademoiselle L'Espanaye que lo tomó uno de los sacos, y entonces la anciana señora el otro. A nadie vio en la calle en aquel momento. Es un callejón muy solitario.

WILLIAM BIRD, sastre, declara que es uno del grupo que entró en la casa. Es inglés. Ha vivido dos años en París. Fue uno de los primeros en subir las escaleras. Oyó las voces de los que se disputaban. La voz gruesa era de un francés. Pudo sacar en claro unas cuantas palabras, pero ahora no las recuerda; sí claramente *sacré y mon Dieu*. En aquel momento se percibió un rumor como de varias personas que se peleaban, un forcejeo de pies y manos. La voz aguda era muy fuerte, más fuerte que la gruesa, la grave. Seguro está que no era la voz de un inglés. Parecía la de un alemán. Podía ser la voz de una mujer. No sabe el alemán.

Cuatro de los testimonios arriba mencionados, citados e interrogados de nuevo, han declarado que la puerta de la habitación en que fue hallado el cuerpo de mademoiselle L'Espanaye, estaba cerrada con llave por dentro cuando el grupo llegó hasta ella. Todo aparecía perfectamente silencioso: ni gemidos ni ruidos de clase alguna. Al forzar la puerta, a nadie se vio. Las ventanas, tanto de la habitación de adelante como de la de detrás, también estaban cerradas y sólidamente sujetas por dentro con fuertes cerrojos. Una puerta de comunicación que va de la habitación delantera a la trasera estaba cerrada,

pero no con llave. La puerta de “escape” de la habitación de delante que da al pasillo estaba cerrada por dentro con llave en la cerradura. Una pequeña estancia de la parte delantera del cuarto piso, al comienzo del pasillo, estaba abierta, con su puerta entornada. En esta salita estaban hacinados sin orden cachivaches diversos. No ha quedado ni un palmo en toda la casa sin ser registrado meticulosamente. También se ha ordenado que tanto para arriba como para abajo introdujeran deshollinadores en las chimeneas. La casa tiene cuatro pisos de altura, con buhardillas (mansardes). En el techo se halla, fuertemente asegurada, una escobilla, que parecía no haber sido abierta durante mucho años. En cuanto al intervalo del tiempo transcurrido entre las voces que disputaban y el forzar la puerta del piso, las afirmaciones de los testigos no coinciden. Unos dicen que si tres minutos, y otros llegan hasta cinco. La puerta fue abierta con mucha dificultad.

ALFONSO GARCIA, empresario de pompas fúnebres, declara que reside en la calle Morgue. Es nativo de España. Fue uno de los del grupo que entró en la casa. No subió escaleras arriba. Es muy nervioso y temió los posibles efectos de una emoción fuerte. Oyó las voces de los que se disputaban. La voz grave era de un francés. No pudo captar lo que decía. La voz aguda era la de un inglés, está seguro. No conoce la lengua inglesa pero juzga por la entonación.

ALBERTO MONTANI, confitero, declara que fue uno de los primeros en subir las escaleras. Oyó las voces en cuestión. La voz gruesa era la de un francés. Distinguió unas cuantas palabras. Este individuo regañaba a otro, al parecer. Nada sacó en claro de las palabras de la voz aguda. Hablaba de prisa y entrecortadamente. Cree que aquella voz era de un ruso. En general, coincide con las declaraciones de los demás testigos.

Es italiano. Jamás ha hablado con un ruso.

De nuevo fueron interrogados algunos testigos que han certificado que las chimeneas de todas las habitaciones del cuarto piso eran demasiado estrechas para permitir el paso de un ser humano, por muy delgado que fuese. Cuando se mentó a los *deshollinadores* no se refería a hombres, sino a esas escobillas cilíndricas que usan los que limpian chimeneas. De esas escobillas fueron pasadas varias, de abajo a arriba y de arriba a abajo, por todos los tubos de la casa. En la parte trasera de la misma no existe paso alguno por donde nadie pudiera descender mientras el grupo subía por las escaleras. El cuerpo de mademoiselle L'Espanaye estaba tan fuertemente embutido en el interior de la chimenea, que no se sacó hasta que cinco de los presentes unieron sus esfuerzos a una.

PAUL DUMAS, médico, declara que fue llamado, al amanecer, para examinar los cadáveres. Los dos yacían sobre la armadura de la cama, en la habitación donde fue hallada la hija. Su cuerpo estaba muy magullado y lleno de excoriaciones. Presentaba varios arañazos profundos debajo de la barbilla, y una hilera de manchas lívidas que eran, evidentemente, impresiones de unos dedos. El rostro estaba espantosamente decolorido, y los globos de los ojos casi fuera de sus órbitas. La lengua mordida y, parcialmente, seccionada. En el hueco del estómago se descubrió una ancha magulladura, al parecer, producida por la fuerte presión de una rodilla. Monsieur Dumas opina que mademoiselle L'Espanaye fue estrangulada por alguna o varias personas. El cadáver de la madre estaba horriblemente mutilado. Todos los huesos de su pierna y brazo derecho estaban más o menos rotos; la tibia izquierda convertida en esquirlas, y también todas las costillas del mismo lado. Todo el cuerpo espantosamente magullado y decolorido. Es imposible

decir cómo han sido infligidas tales heridas. Un pesado garrote de madera, una ancha barra de hierro, una silla, una herramienta cualquiera pesada y contundente, podían haber producido tales destrozos, esgrimida por un hombre excesivamente robusto.

Ninguna mujer puede ser la causante de estos hechos con el arma que fuese. La cabeza de la difunta cuando el testigo la vio, estaba completamente separada del cuerpo, y muy aplastada. La garganta había sido evidentemente cortada con un instrumento muy afilado, probablemente una navaja.

ALEXANDRE ETIENNE, cirujano, fue llamado al mismo tiempo que Monsieur Dumas para examinar los cuerpos. Corroboró en todo el testimonio y las opiniones de Monsieur Dumas.

Aunque se han interrogado a otras personas, ninguna otra aclaración de importancia se ha obtenido. Jamás se había cometido en París un asesinato tan misterioso y tan confuso en sus detalles: si es que realmente se trata de un asesinato. La propia policía se encuentra insólitamente perpleja ante este caso, lo que no es usual en ella. No existe, en verdad ni la sombra de una pista.

La edición de la tarde constataba que la excitación más grande reinaba en el Quartier Saint-Roch, que los lugares del crimen habían sido objeto de un segundo examen, que los testimonios habían sido interrogados de nuevo; pero todo ello sin llegar a conclusión alguna. Una noticia de última hora añadía que Adolphe Lebon había sido detenido y encarcelado, aunque nada parecía acusarle.

Mi amigo Dupin parecía extraordinariamente interesado por el curso de aquellos singulares acontecimientos. Cuando menos, así lo deducía yo a través de su conducta, no por sus palabras, pues, de hecho, había

enmudecido.

Sólo más tarde, después de haberle anunciado el encarcelamiento de Lebon, me preguntó qué pensaba de aquellos asesinatos.

Y yo, conforme con todo el París, que aquello era un misterio impenetrable, insoluble, y que, por lo tanto, no existía una manera racional de dar con los asesinos.

- Amigo - afirmó Dupin -, con esos interrogatorios tan superficiales, no se puede juzgar, y menos tener la pretensión de hallarlos. La policía parisién, tan enaltecida por su perspicacia, es astuta y nada más. No emplea método propio alguno en sus procedimientos, salvo el que las circunstancias del momento le sugieren. Alardea, eso sí, despliega un ostentoso aparato de ineficaces disposiciones, que, con harta frecuencia, no se adaptan a los fines perseguidos. Nos hace pensar en Monsieur Jourdain cuando pedía su *bata para mejor entender la música*. Los resultados conseguidos suelen ser, a veces, sorprendentes, pero, los más de los mismos son debidos, simplemente, a la diligencia y a la actividad, es decir, no a la inteligencia, sino a la voluntad; pero cuando estas cualidades no son suficientes, todos los planes se derrumban. Vidoc, por ejemplo, era un buen adivino y, al mismo tiempo, hombre perseverante, pero le faltaba la inteligencia del método, y se desviaba y se perdía continuamente en los entresijos de sus propias investigaciones. Minimizaba la fuerza de su visión mirando el objetivo desde demasiado cerca. Podía ver uno o dos puntos con una clarividencia nada común, pero el conjunto del problema no lo abarcaba, lo perdía. Podrá decirse que tal es el defecto de ser excesivamente profundo. No siempre la verdad se esconde dentro de un pozo. De hecho, lo que más importa conocer, creo que es, invariablemente, superficial. La profundidad debemos de buscarla en los valles, porque allí está, y no en las cimas de las montañas donde la oteamos. En la contemplación de los cuerpos celestes hallamos claros ejemplos de modos y fuentes de esta especie de error. Contemplad una estrella a ojeadas rápidas, oblicuamente, girando hacia ella la parte extrema de la retina (más susceptible de débiles impresiones de luz que

en su parte central), y se apreciará más brillo en la estrella, brillo que irá menguando a medida que nuestra visión se centra, se encara de lleno con ella. Lo que ocurre en el último caso es que rebotan en los ojos mucho más rayos; así en el primero, la receptibilidad resulta más viva, más transparente. Una profundidad indebida por lo excesiva reduce la inteligencia y nos deja perplejos; y hasta podemos conseguir que Venus se desvanezca de nuestro firmamento por una mirada demasiado persistente, demasiado concentrada, demasiado directa... En cuanto a esos asesinatos, evitemos, ante todo, formarnos cualquier previa opinión, por insignificante que parezca, y vamos a iniciar algunas investigaciones por cuenta nuestra; ellas nos proporcionarán más de una diversión....

No me pareció acertada esa última palabra aplicada al caso presente, pero nada dije.

-..., y, por otra parte, Lebon ha comenzado por prestarme un servicio por el cual le estoy agradecido. Nos llegaremos al lugar de los sucesos y lo examinaremos con nuestros propios ojos. Conozco a G..., el prefecto de policía, y no me será difícil conseguir el permiso necesario. En efecto, sin la menor traba nos fue concedida la autorización, y seguidamente, nos encaminamos a la rue Morgue.

La rue Morgue es una miserable callejuela que cruza por las calles Saint-Roch y Richelieu.

Ya estaba muy avanzada la tarde cuando llegamos a ella, pues nuestro barrio se encuentra a gran distancia.

Muy pronto dimos con la casa, porque delante de ella todavía un buen número de curiosos se encontraba allí, la mayoría con la cabeza alta mirando a las ventanas cerradas o intercambiándose vanos comentarios. La casa era como una de tantas de París: una entrada principal, y, a uno de sus lados, una casilla encristalada con un bastidor corredizo en la ventanilla; lo que denominaremos *loge de concierge*. Pero Dupin no tenía prisa por entrar, al parecer.

Retrocedimos, nos dirigimos calle arriba, doblamos por un callejón, luego por otro, hasta que nos encontramos enfrente de la fachada

posterior del edificio, no sin examinar mi amigo, durante todo este rato, los alrededores, así como la fachada de la casa, con una tan minuciosa atención, que no me era posible comprender su finalidad.

Repasamos nuestro camino, y de nuevo llegamos ante la fachada principal de la casa.

Llamamos, y, después de exhibir nuestras credenciales a los agentes de guardia, se nos permitió entrar.

Subimos aquellas escaleras, hasta llegar a la habitación donde había sido encontrado el cadáver de mademoiselle L'Esplanade.

Afortunadamente, para la meticulosa labor que empezaba a iniciar mi amigo, los dos cadáveres todavía se encontraban allí. Como es de rigor en tales casos, el desorden de la habitación había sido respetado.

Por mi parte, confieso que nada vi de lo que se había publicado en la *Gazette des Tribunaux*.

Dupin lo analizaba todo meticulosamente, sin despreciar los más íntimos detalles, y sin exceptuar, como es de suponer, los cuerpos de las dos víctimas.

Pasamos a otra habitación y luego bajamos al patio. Un gendarme nos acompañó a todas partes. Aquella primera investigación ocular nos ocupó hasta el anochecer, hasta que nos retiramos.

Durante el camino de regreso a nuestro domicilio, mi amigo se paró unos minutos en las oficinas de un periódico

Ya he dicho que las rarezas de mi amigo eran muy diversas, y que yo transigía con ellas sin esfuerzo. Se negó rotundamente a toda conversación sobre los asesinatos hasta mediado el día siguiente.

Entonces, de pronto, me preguntó si yo había observado algo *particular* en el lugar del doble crimen.

Por su manera de pronunciar la palabra *particular*, me estremecí, no sé por qué.

- No, nada de *particular* - le contesté -; nada más de lo que ambos hemos leído en el periódico.

- Mucho me temo que la Gazette no ha penetrado en lo insólito del horroroso crimen - replicó -. Pero desechemos de una vez las fútiles

opiniones de ese papelucho... Me parece que este misterio se considera insoluble por la misma razón que habría de contribuir a que fuese mirado como fácil de resolver: me refiero al carácter excesivo, aparatoso, con que se presenta. La policía se halla perpleja por la aparente ausencia de motivos, no por el crimen en sí, sino por su atrocidad; y su perplejidad aumenta, debido a la aparente imposibilidad de conciliar las voces que se oyeron discutir, con el hecho de sólo haber hallado arriba a mademoiselle L'Espanaye asesinada, y no hallar manera posible de que alguien saliera del piso sin que lo viesan las personas que subían por la escalera... El extraño desorden de la habitación; el cadáver, cabeza abajo, embutido dentro de la chimenea; la horripilante mutilación del cuerpo de la anciana señora; todas estas consideraciones, juntas con las que he referido y otras que ahora no tengo por qué mencionar, han bastado para obstruir y paralizar sus menguadas facultades, llevando a un fracaso completo la tan oficialmente ensalzada perspicacia de los agentes del Gobierno. Una vez más han caído en el error, grande error aunque muy corriente y común, de confundir lo insólito con lo abstruso. Pero es precisamente por estas desviaciones del plan ordinario que la razón hallará su camino, si es posible, en la consecución de la verdad... En investigación como la que ahora vamos desgranando no se debe preguntar tanto “¿Qué ha ocurrido?” como “¿Qué ha ocurrido que no había ocurrido jamás hasta ahora?”... En efecto. La facilidad con que yo llegaré o ya he llegado, a la solución de este misterio, está en razón directa de su aparente insolubilidad a los ojos de la policía.

Yo tenía mi mirada fija en mi interlocutor, rebosante de mudo asombro. - Ahora estoy esperando a cierto individuo - continuó Dupin, mirando a la puerta de nuestra habitación -, que, aun cuando lo más probable es que no ha cometido esa horrible carnicería, sí puede estar complicado en ella, y es lo más probable...; y es probable, también, que sea inocente de la parte más grave de los crímenes. Confío no engañarme en dicha hipótesis, ya que en ella fundo mi esperanza para descifrar todo el enigma. Estoy esperando, pues, a este individuo aquí, en esta

habitación de un momento a otro. Es verdad que puede no venir, pero lo más probable es que venga. Si viene, debemos de retenerlo. Aquí hay unas pistolas, y los dos sabemos muy bien cómo hay que usarlas cuando las circunstancias lo exigen.

Tomé las pistolas, sin apenas saber lo que me hacía, ni creer lo que oía, mientras Dupin seguía hablando como en soliloquio. Ya he consignado su distraída manera de proceder en semejantes situaciones. Su discurso iba dirigido a mí, todavía no era fuerte, tenía esa entonación que se emplea cuando la persona a quien se habla se encuentra un poco distante. Sus ojos, vacíos de expresión, sólo miraban a la pared.

- Está fuera de toda duda - dijo Dupin - que las voces que se oyeron que disputaban no eran las de las dos mujeres. Tal hecho descarta el que la madre hubiese matado primero a su hija y luego se suicidara. Hablo de este punto principalmente por amor al método; además, la fuerza de madame L'Espanaye era insuficiente, jamás habría conseguido arrastrar el cadáver de su hija, luego, levantarlo y embutirlo chimenea arriba, tal como fue encontrado; en cuanto a la naturaleza de las heridas de su propia persona excluyen, de forma terminante, la idea del suicidio. Por tanto, el asesinato lo cometieron terceras personas, y las voces de estas terceras personas son las que se oyeron discutir. Permítame ahora advertirle no sobre las declaraciones relativas a tales voces, sino sobre lo que había de *particular* en tales declaraciones. ¿Usted no ha observado algo en ellas?

Yo remarqué, que mientras todos los testimonios coincidían en que la voz gruesa era como la de un francés, la desavenencia respecto a la voz aguda (o áspera, como uno de ellos la había calificado) era muy notoria.

- Esto es la declaración misma - dijo Dupin -; pero no la *particularidad* de la declaración. Usted no ha observado distintivo alguno, y, no obstante, había algo que observar. Como usted ha notado, los testigos están unánimemente de acuerdo sobre la voz grave. Pero cuando se refieren a la voz aguda, la *particularidad* consiste no en el desacuerdo, precisamente, sino que un italiano, un inglés, un español, un holandés y un francés intentan, cada uno a su manera, describirla, sin

llegar a concretar, si bien todos ellos opinan que era la voz *de un extranjero*. Cada uno está firme en que no es la voz de un compatriota, y cada uno le compara, no a la voz de un individuo de determinada nación cuyo idioma le sea familiar, sino al revés. El francés la supone de un español, y “habría podido distinguir alguna palabra *si hubiese conocido la lengua española*”. El holandés sostiene que era la voz de un francés, pero *no sabiendo el francés, dicho testigo había sido interrogado mediante un intérprete*. El inglés piensa que la voz era la de un alemán, pero acto seguido añade que *no entiende el alemán*. El español “está seguro que era de un inglés, pero “juzga por la entonación” *porque no tiene el menor conocimiento del inglés*. El italiano cree en la voz de un ruso, pero *jamás ha conversado con un nativo de Rusia*. Un segundo francés difiere del primero, y tiene por seguro que la voz era de un italiano, pero *no conoce esta lengua*, y, como el español, saca esta seguridad “por la entonación”... Ahora bien: ¡Qué extraña e insólita había de ser en realidad aquella voz, para, que sólo se hayan *podido* obtener respecto a ella tales testimonios! ¡Una voz, cuyas inflexiones, cinco ciudadanos de cinco grandes naciones europeas nada pueden reconocer que les sea familiar!... Usted dirá que podía ser la voz de un asiático, o de un africano. Ni asiáticos ni africanos abundan en París; pero sin negar tal posibilidad, quiera llamar nuevamente su atención sobre tres puntos. Un testimonio caracteriza así la voz: “áspera más que aguda”; otros dos la representan como “rápida y desigual”. Ningún testimonio menciona, como distinguible, sonido alguno que se pareciese a una palabra... Yo no sé qué impresión puedo haber causado sobre el entendimiento de usted, pero no vacilo en decir que las legítimas deducciones de esta parte misma de la declaraciones (la parte relativa a las voces grave y aguda) son en sí suficientes para engendrar una sospecha qué indicaría un camino para todos los avances ulteriores en la investigación de este misterio. He dicho “deducciones legítimas”, pero tales palabras no expresan completamente mi idea. Trato de hacer entender que estas deducciones son las *únicas* justas, y que mi sospecha nace de ellas *inevitablemente* como única conclusión.

En qué consiste mi sospecha, no lo digo ahora. Deseo convencerte, simplemente, que, para mí, es más que suficiente para dar una forma decidida, una tendencia cierta, a mis investigaciones en aquella habitación.. Ahora, imaginémonos que nos encontramos en aquella sala. ¿Qué es lo primero que debemos de buscar allí? Sencillamente: los medios de evasión empleados por los asesinos. No es necesario advertir que usted como yo no creemos en los medios sobrenaturales, madame y mademoiselle L'Espanaye no fueron asesinadas por espíritus. Los autores de los hechos eran seres materiales y huyeron materialmente. Pero, ¿como? Afortunadamente, sólo existe una manera de razonar sobre este punto, y esta manera nos ha de conducir a una conclusión positiva, concreta. Examinemos, pues, uno por uno, los posibles medios de evasión...

Yo escuchaba a mi amigo atentamente, muy atentamente sin perder una letra; habría sido una torpeza imperdonable el que, en aquel momento, le hubiese interrumpido con alguna observación.

- Está claro que los asesinos se encontraban en la habitación donde fue descubierta, mademoiselle L'Espanaye, o, si no, en la habitación contigua, cuando aquel grupo de personas subía escaleras arriba. Por lo tanto, sólo cabe investigar las salidas de estas dos habitaciones. La policía ha levantado los pavimentos de estas dos habitaciones, ha huroneado por los techos y ha escudriñado la mampostería de todas las paredes. Es del todo inconcebible que le hubiese pasado por alto alguna salida secreta. Pero yo no me he fiado de sus ojos, y he querido examinar con los míos. Y, en efecto, no había salida secreta. Las puertas de las habitaciones que comunicaban con el pasillo estaban sólidamente cerradas por dentro y cada llave en su cerradura. Veamos las chimeneas. En éstas, aunque tienen una anchura corriente hasta los ocho o diez pies sobre los hogares, después ya no pueden en toda su longitud, dar cabida ni a un gato corpulento. Queda descartada, pues, la posibilidad de una salida por las chimeneas. Por lo tanto, sólo nos resta examinar las ventanas. Escaparse por la de la habitación que da la fachada principal no cabe imaginárselo sin que la muchedumbre que

había en la calle lo hubiese notado. Es indiscutible, pues, que los asesinos han de haberse escapado por las de la habitación trasera. Ahora, llegado a esta conclusión tan lógica, no podemos, si razonamos bien, rechazarla, tomando en cuenta evidentes *imposibilidades*; sólo nos queda por demostrar que esas evidentes *imposibilidades*, en realidad, no lo son... Hay dos ventanas en la habitación. Una no está obstruida por los muebles y queda completamente visible. La parte inferior de la otra está oculta a la vista por la cabecera de la cama, muy pesada, y pegada a ella. La primera de estas dos ventanas estaba fuertemente cerrada y asegurada por dentro. Resistió los más violentos esfuerzos de los que intentaron levantarla. En la parte izquierda de su marco se halló un gran agujero hecho con una barrena, y un clavo muy grueso hundido en él hasta su cabeza. Al examinar la otra ventana, otro clavo igual se halló atravesado en ella, y también los vigorosos esfuerzos que se le dedicaron, para levantada, fracasaron. Entonces fue cuando la policía quedó convencida de que por allí no habían huido los asesinos, y, *por esta razón*, consideró superfluo sacar aquellos clavos y abrir las ventanas... Por la razón que acabo de expresar mi examen fue bastante más minucioso, pues yo sabía que era preciso probar que todas aquellas aparentes imposibilidades no eran en realidad, imposibilidades... *A posteriori*, razoné así: los asesinos han debido de escapar por una de esas ventanas. Siendo así, no podían haber vuelto para cerrar los bastidores por dentro, tal como se han hallado; consideración que, por su evidencia, paralizó, fulminantemente, todas las investigaciones de la policía por este lado. Y no, obstante, las ventanas *estaban* cerradas y aseguradas. Era, pues, *indispensable*, que pudieran cerrarse por sí mismas. No hay manera de escapar a esta conclusión. Me fui derecho a la ventana no obstruida, extraje el clavo con alguna dificultad e intenté levantar el bastidor. Como ya me figuraba, resistió a todos mis esfuerzos. Entonces ya no me cupo la menor duda de que existía algún resorte secreto, y este hecho, corroborado por mi idea, me convenció de que, a lo menos, mis premisas era acertadas, por muy misteriosas que apareciesen las

circunstancias de los clavos. Otra detallada investigación me llevó a descubrir el oculto resorte. Lo oprimí y, satisfecho del descubrimiento, me abstuve de levantar el bastidor... Examiné el clavo atentamente y lo puse de nuevo en su sitio. Toda persona que hubiese pasado por aquella ventana la podía haber cerrado de nuevo, y el resorte haber funcionado solo. Pero el clavo no podía haber sido colocado. Esta conclusión era clarísima, y el campo de mis indagaciones restaba muy restringido. Los asesinos *debían* de haber escapado por la otra ventana. Suponiendo que ambos resortes fueran iguales (como era probable) *debía de existir* una diferencia entre los clavos, o, cuando menos, en su manera de fijarlos. Me subí sobre la armadura de la cama, y por encima de su cabecera examiné, minuciosamente, la segunda ventana. Pasando una mano por detrás de la madera, descubrí y presioné el resorte, que, como había supuesto, era idéntico al otro. Examiné el clavo: era del mismo grosor y, en apariencia, estaba clavado por un igual, hundido casi hasta la cabeza... Quizás usted piense que me quedé perplejo; pero si en realidad ha pensado eso usted, revela que no ha comprendido bien la naturaleza de mis deducciones. Apelando a un vocablo deportivo, le diré que no me he encontrado ni una sola vez “en falta”. El rastro no se ha perdido, no se ha roto ni un solo instante. En ningún eslabón de la cadena ha surgido un defecto. He seguido el secreto hasta su última consecuencia, y la consecuencia era el *clavo*. Tenía, digo, en todos sus aspectos, la apariencia de su compañero de la otra ventana; pero este hecho era absolutamente nulo (concluyente, como podía parecer) comparado con la consideración que aquí, en este clavo, terminaba la pista. “Debe de haber - me decía - algún defecto en este clavo”. Lo toqué, y su cabeza, con casi un cuarto de pulgada de su espiga, se me quedó en los dedos. El resto quedaba en el fondo del orificio barrenado, donde se habían quebrado. Tal rotura era antigua (porque sus bordes estaban incrustados de herrumbre), y, en apariencia, había sido producida por un fuerte martillazo que hundió parte de la cabeza del clavo en el bastidor. Entonces volvía colocar el trozo de clavo que retenía en mis dedos tal cual lo había descubierto,

cuidadosamente, y daba la sensación de intacto. Luego, presioné muy suavemente el resorte y levanté unas pocas pulgadas el bastidor: la cabeza del clavo subió con él, pero firme en su orificio; cerré la ventana, y como si nada, la apariencia de que allí había un clavo entero quedaba de nuevo perfecta... Bien, el enigma ya estaba del todo resuelto... hasta aquí: quedaba fehacientemente demostrado que el asesino había huido por la ventana situada sobre la cabecera de la cama. Al bajar la ventana por sí misma, después de haber escapado por ella (o, quizás, al ser cerrada deliberadamente), había quedado sujeta por el resorte, y esta sujeción es lo que había engañado a los policías, creyendo que era el clavo lo que sujetaba, y ya consideraron inútil proseguir aquella investigación... El problema que me quedaba por resolver era averiguar cómo había bajado el asesino. Sobre tal punto me sentía satisfecho del paseo que habíamos dado alrededor del edificio. A unos cinco pies y medio de la ventana de referencia pasa la cadena de un pararrayos. Por dicha cadena es imposible a cualquier persona llegar hasta la ventana, y menos entrar, claro. Sin embargo, observé que los postigos del cuarto piso eran de una especie particular, llamados *ferrades* por los carpinteros parisienses (hoy apenas usados), pero todavía frecuentes en las casas antiguas de Burdeos y Lyon. Su forma es de una puerta normal, sencilla (no de dobles batientes), con la particularidad de que su mitad superior se presenta trenzada a manera de celosía, por lo que ofrece un excelente agarradero para los dedos. En el caso que nos ocupa, los postigos miden, poco más o menos, unos tres pies y medio de anchura. Cuando vimos aquellos postigos desde la parte trasera de la casa, los dos estaban abiertos hasta casi la mitad, es decir, formaban un ángulo recto con la pared. Es posible que la policía no se haya descuidado de examinar la parte trasera de la finca, pero, de haberlo hecho, al ver aquellas *ferrades* en el sentido de su anchura (y es de suponer que sí lo han hecho), no se han dado cuenta de aquella enorme anchura, o, en todo caso, no le han atribuido la importancia debida. En realidad, convencidos de que por allí no era posible la huida, sólo un examen hartó superficial dedicaron a este punto vital del enigma... En

cambio, para mi era evidente que el postigo correspondiente a la ventana situada sobre la cabecera de la cama, de abrirse totalmente, hasta tocar la pared, llegaría a sólo unos dos pies de la cadena del pararrayos. También quedaba claro que, con una energía y un valor excepcionales se podía haber entrado o salido por aquella ventana con ayuda de la cadena. Llegado a aquella distancia de dos pies y medio (supongamos ahora que el postigo se encuentra completamente abierto), un ladrón hubiera hallado en el trenzado un magnífico asidero, para luego, desde él, soltando la cadena y apoyando los pies contra la pared, lanzarse rápido, caer en la habitación y atraer hacia sí, con fuerza, el postigo, para que se cerrase, y suponiendo, por descontado, que la ventana se hubiese hallado abierta... Fíjese que he puntualizado *con una energía y un valor excepcionales*, indispensables para alcanzar con éxito una empresa tan difícil, tan arriesgada. Me propongo demostrarlo, en primer lugar, que el hecho puede realizarse, y, *muy principalmente*, deseo grabar en su numen el *muy extraordinario*, casi sobrenatural caso de agilidad indispensable para su realización... Usted me replicará, quizás, apelando al lenguaje de la ley que, para “defender mi causa”, debería de prescindir de la energía requerida en este caso antes que insistir en valorarla totalmente. En la práctica forense esto es realizable, pero no en la razón. Mi finalidad consiste en llegar a la verdad, y nada más. Y mi propósito inmediato es, sencillamente, llevar a usted a que enfrente esa *energía excepcional* de que le hablo con la *peculiarísima* voz aguda (o áspera) y *desigual* que nadie supo concretar su nacionalidad, ni siquiera dos testigos lograron ponerse de acuerdo en sus apreciaciones, ni establecer de su pronunciación una endeble base, una sola sílaba.

Al llegar a este punto comenzó a formarse en mi espíritu una vaga idea de lo que pensaba Dupin. Me pareció encontrarme al borde de la comprensión, sin que pudiera comprender aún, lo mismo que esas personas que se encuentran arañando el vestíbulo de un recuerdo sin conseguirlo.

Mi amigo continuó sus razonamientos:

- Usted habrá captado cómo he llevado la cuestión del modo de salir respecto al de entrar. Mi propósito es demostrarle que la entrada y la salida se efectuaron igual y por el mismo sitio. Retornemos ahora, con el pensamiento, al interior de la habitación. Estudiemos todos sus aspectos. Según se ha dicho y repetido, los cajones del buró habían sido saqueados, aunque algunas prendas de vestir han quedado en ellos. Esta conclusión es absurda. Se trata sólo de una mera conjetura, muy necia además. ¿Cómo es posible saber que todos esos objetos encontrados en los cajones y esparcidos a su alrededor no eran todo lo que contenían? Madame L'Espanaye y su hija desgranaban una vida extremadamente retirada, no se relacionaban con otras personas y rara vez salían; por consiguiente, muy pocas ocasiones se les presentaban para cambiar de vestido. Los objetos que se han encontrado son de tan buena calidad, cuando menos, como cualquiera de los que posiblemente hubieran poseído estas señoras. Si un ladrón hubiese robado alguno, ¿por qué no los mejores, o por qué no todos? Y, por si esto le parece poco absurdo, ¿por qué cargar con un fardo de ropa y dejar cuatro mil francos oro? El oro fue abandonado, despreciado. La casi totalidad de la suma mencionada por Monsieur Mignaud, el banquero, fue hallada sobre el suelo, en las talegas. Por tanto, me agradaría descartar del pensamiento de usted la desatinada idea de un *motivo* engendrado en el cerebro de la policía por esa parte de la prueba que se refiere al dinero entregado. Coincidencias más notables que éstas (entrega de dinero, y subsiguiente asesinato de la persona que lo recibe) se nos presentan frecuentemente a lo largo de nuestra vida, sin despertar, de momento, nuestra atención. Por lo general, las coincidencias constituyen otros tantos tropezones en el camino de esa clase de pensadores, formados de tal manera que nada saben de la teoría de las probabilidades, esa teoría a la cual los más gloriosos frutos de la investigación deben lo más glorioso de su saber. En el problema que nos ocupa, si el oro hubiese desaparecido, el hecho de haber sido entregado, sólo tres días antes, podría parecer algo más que una simple coincidencia: corroboraría la idea de un simple motivo; pero, dadas las reales circunstancias del caso,

si suponemos que el oro ha sido el motivo del crimen, también debemos de imaginar que quien lo ha cometido ha sido tan vacilante, tan idiota, que ha abandonado oro y motivo al mismo tiempo. Ahora fijemos bien nuestro pensamiento sobre los puntos que ya le he expuesto antes: aquella voz tan peculiar, la vivaz agilidad y la sorprendente ausencia de motivo en un crimen de una tan singular atrocidad como éste; examinemos, por sí mismo, esa coincidencia. Nos encontramos con una mujer estrangulada y embuchada cabeza abajo en una chimenea. No es normal que los criminales empleen tales procedimientos de asesinato. En la violenta manera de introducir el cuerpo en la chimenea, se debe de admitir que hubo algo *excesivamente exagerado*, algo del todo irreconciliable con nuestras corrientes nociones respecto a las acciones humanas, incluso suponiendo que los autores de este repugnante crimen sean los seres más depravados que podamos imaginar. Tenga en cuenta, además, cuán enorme debió de ser esa fuerza que logró introducir el cuerpo *hacia arriba* en una abertura como aquella cuando para sacarlo *hacia abajo* los esfuerzos unidos de varias personas lo consiguieron a duras penas... Ahora fijemos nuestra atención en otros indicios que ponen de manifiesto el extraordinario vigor del asesino. En el hogar había unos espesos mechones de cabellos humanos, ya canosos, que le habían sido arrancados de cuajo a la víctima. ¡Es necesaria mucha fuerza para sólo arrancar veinte o treinta cabellos de una solo vez! Usted ha visto tan bien como yo aquellos mechones. Sus ensangrentadas raíces (¡qué espectáculo más horrible!) estaban adheridas a fragmentos carnosos del cuero cabelludo - irrefutable prueba. de la fuerza demostrada por el asesino para arrancar, por lo menos, un millar de cabellos de un solo tirón. La garganta de la anciana no sólo estaba cercenada, sino que, además, tenía la cabeza completamente separada del tronco, y el instrumento empleado para ello fue una simple navaja de afeitar... Le ruego, también, que repare en la *brutal* ferocidad que reflejan tales acciones. No es necesario hablar de las magulladuras en el cuerpo de madame L'Espanaye. Monsieur Dumas y su digno colega Monsieur Etienne han declarado que habían

sido causadas por un instrumento contundente; y hasta aquí dichos señores tienen mucha razón. Bien claro es que el instrumento contundente es el enlosado del patio sobre el cual la víctima ha caído desde la ventana situada encima de la cama. Esta idea, por sencilla que parezca, se escabulló de la policía por la misma razón que se le escabulló la anchura de los postigos; porque, gracias a las circunstancias de los clavos, su percepción estaba herméticamente sellada contra la posibilidad de que se hubiesen abierto las ventanas. Y si ahora, como añadidura a todos esos detalles, ha reflexionado convenientemente sobre el extraño desorden de la habitación, habrá avanzado lo suficiente para combinar las ideas de una agilidad escalofriante, una fuerza sobrehumana, una ferocidad bestial, una carnicería sin motivo, una grotesquerie en el horror absolutamente ajeno a la humanidad, y una voz cuyo acento suena a extraño en los oídos de varios hombres de distinta nacionalidad y fuera de todo silabeo inteligible... ¿Qué resulta de todo ello? ¿Cuál es la impresión que le ha causado en su imaginación?

Sentí un desagradable escalofrío cuando Dupin me dirigió esta pregunta.

- Un loco - dije -, un loco ha cometido ese crimen: algún maniático furioso escapado de alguna vecina *Maison de Santé*.

- En algunos aspectos - replicó -, su idea no es inaplicable; pero la voz de los locos, incluso en sus paroxismos más salvajes, jamás concuerda con una voz singular oída desde la escalera. Cada loco pertenece a una determinada nación, y su lenguaje, por incoherente que sea en las palabras, no le falta coherencia en su silabeo. Además, el cabello de un loco no es como el que ahora tengo en la mano. He desenredado este pequeño mechón de los dedos crispados y rígidos de madame L'Espanaye. Dígame qué saca en claro de todo esto.

- Dupin - dije yo muy desalentado -: estos cabellos son los más raros del mundo, no son cabellos *humanos*.

- Yo no he afirmado que lo sean - dijo -; pero antes de decidarnos sobre este punto, deseo que dé una ojeada a este pequeño dibujo que he trazado en este papel. Es un facsímil que representa lo que una parte de los testigos han definido como "cárdenas magulladuras producidas por

las uñas” en el cuello de Mademoiselle L’Espanaye, y que los doctores Dumas y Etienne definen como una - ‘hilera de manchas lívidas producidas, evidentemente, por la impresión de los dedos’...”

Comprenderá usted - continuó mi amigo, desdoblando el papel y extendiéndolo sobre la mesa, ante nuestros ojos - que este dibujo da la idea de una presión *firme* y *fija*. No se descubre la menor apariencia de que los dedos hayan resbalado. Cada dedo ha guardado, quizás hasta la muerte de la víctima, la terrible presa en la cual se ha moldeado. Y ahora pruebe usted de colocar todos sus dedos, al mismo tiempo, sobre las respectivas impresiones, tal cual las ve usted aquí.

Intenté la prueba, pero en vano.

- Es posible que no realicemos de este asunto una experiencia decisiva - dijo -. El papel está desplegado sobre una superficie plana, y el cuello humano es cilíndrico. Aquí tenemos un rollo de madera, cuya circunferencia es, aproximadamente, la del cuello. Adopte el dibujo a su alrededor e intente de nuevo la experiencia.

Así lo hice, pero la dificultad fue aún más evidente que la primera vez.

- Esto - dije yo - no es la marca de una mano humana.

- Ahora - añadió Dupin -, lea este pasaje de Cuvier.

Era una historia detallada, anatómica y descriptiva, del gran orangután *fulvus*, de las islas de la India Oriental. La estatura gigantesca, la fuerza y la energía prodigiosas, la salvaje ferocidad y las inclinaciones imitativas de estos mamíferos son sobradamente conocidas. Entonces comprendí, al instante, los horrores de aquellos asesinatos.

- La descripción de los dedos - dije, al acabar de leer concuerda exactamente con este dibujo. Veo que ningún animal, a no ser un orangután de la especie aquí mencionada, habría podido imprimir unas huellas iguales a las de este dibujo. Además, los cabellos (que parecen tostados) de ese mechón, son idénticos al del animal descrito por Cuvier. Pero no puedo fácilmente comprender los detalles de este espantoso misterio. Dejando de lado que había dos voces que se disputaban, y la una era indiscutiblemente la de un francés.

- Ciertamente; y de seguro que usted recordará una expresión atribuida a esa

voz, casi unánimemente, la expresión *¡Mon Dieu!*; y en tales circunstancias, uno de los testigos, el confitero Montani, la caracterizó como de protesta o reconvención. No le oculto que he depositado en estas voces mis más caras esperanzas para la completa resolución de este misterio. Un francés tuvo conocimiento del crimen. Es posible, más que probable, que es inocente de toda participación en los sangrientos sucesos que estamos deshilvanando. Es casi seguro que se le escapó el orangután, y que lo persiguió, sin alcanzarlo, hasta aquella habitación; pero, dadas las agitadas circunstancias que se produjeron, le fue imposible capturarlo, y la bestia aún debe de andar suelta. No me propongo continuar estas conjeturas (y así las califico porque, por ahora, no tengo derecho a llamarlas de otra manera); los atisbos de reflexión en que se fundan apenas alcanzan la mínima base para ser apreciables incluso para mi propia inteligencia, y porque no sería justo el que obligara hacerlas inteligibles a los demás. Las denominaremos, pues, conjeturas, y así las consideraremos. Si el francés a que me refiero es, como supongo, inocente de tal atrocidad, el anuncio que yo deposité en las oficinas de *Le Monde*, la pasada noche, a nuestro regreso, nos lo traerá a casa. *Le Monde*, ya lo sabe usted, es un periódico dedicado a los asuntos marítimos, y es, por ello, el preferido por los marineros.

Me entregó un ejemplar del aludido periódico y leí lo que sigue:

CAPTURA

En el bosque de Bolonia, a primeras horas de la mañana del día ... del corriente mes, se ha encontrado un enorme orangután de la especie de Borneo. Su propietario (que se sabe es un marinero inscrito a la tripulación de un navío maltés) podrá recuperar su animal una vez haya identificado su personalidad y abonado algunos pequeños gastos ocasionados por la captura y mantenimiento del animal. Dirigirse al número ... de la rue ..., *faubourg Saint-Germain* tercero.

El día indicado en el anuncio del supuesto encuentro del orangután era el del doble crimen.

- ¿Cómo ha averiguado usted - le pregunté a Dupin - que el individuo en entredicho es marinero y está enrolado en un navío maltés?

- Yo *no le conozco* ni estoy *seguro* de que exista - repuso mi amigo -; pero aquí tengo este pedacito de cinta que, por su forma y su grasiento aspecto, ha sido usado, no hay duda, para anudar los cabellos a manera de esas largas coletas tan del gusto de los marineros. Por si ello no bastara, esta cinta, este lazo, son muy pocos los que saben anudarlo, y es característico de los malteses. La recogí del pie de la cadena del pararrayos. Sería absurdo pensar que podía pertenecer a alguna de las víctimas. A lo sumo, si me he equivocado en mis deducciones referentes al lazo, es decir, al suponer que ese francés es un marinero enrolado en un navío maltés, no habré causado daño alguno a persona alguna por haber publicado este anuncio. Y, si me he equivocado, él supondrá que algunas circunstancias me engañaron, y no se tomará el menor trabajo para inquirirlas; pero, si acierto habremos dado un paso importantísimo... Aunque inocente del crimen, el francés está enterado de él, no cabe duda, y vacilará entre si debe o no responder al anuncio y si debe o no reclamar el orangután. Y razonará de la siguiente manera: “Soy Inocente; soy pobre; mi orangután vale mucho dinero, una fortuna de verdad para un hombre en mi situación. ¿Por qué perderlo por temor a algo ajeno a mí?. Lo tengo ahí, al alcance de mi mano. Lo capturaron en el Bois de Boulogne, a respetable distancia del lugar del crimen. ¿Quién va a sospechar que un animal ha cometido semejante atrocidad? La policía está completamente despistada, perpleja, ni el menor indicio ha sabido coger. Aun en el caso de que sospecharan del animal, sería imposible demostrar que conozco el crimen, ni enredarme en él por el mero hecho de conocerlo.. Y, además, *me conocen*... El anunciante me describe como propietario del animal. Ignoro hasta qué límite se extienda su certidumbre. Si me desentiendo, si soslayo el reclamar una propiedad de tanto valor, que, por añadidura, se sabe que es mía,

acabarán sospechando del animal. Sería imprudente llamar la atención sobre mí, o sobre él. Contestaré al anuncio, pues recuperaré mi orangután y lo guardaré encerrado hasta que este malhadado asunto se haya esfumado del cerebro de los parisienses”.

En aquel preciso momento los dos oímos unos pasos en la crujiente escalera.

- Prepárese usted - me ordenó Dupin -. Coja sus pistolas, pero no haga uso de ellas ni las enseñe hasta que le haga una señal.

Adrede, habíamos dejado abierta la puerta principal de la casa.

El visitante había entrado sin llamar y había subido algunos peldaños de la escalera.

Sin embargo, ahora, parecía vacilar.

En efecto: oímos, perfectamente, después de unos interminables segundos de silencio, que el desconocido bajaba las escaleras.

Dupin, con inusitada rapidez, se precipitó hacia la puerta del piso.

En aquel instante, percibimos que, por fin, el desconocido se había decidido a subir de nuevo.

No retrocedió por segunda vez, sino que avanzó con paso firme y llamó a la puerta de nuestra habitación.

- Adelante - dijo Dupin con un tono alegre y cordial, muy a propósito para inspirar confianza.

Entró un hombre. Era un marinero, evidentemente; una persona alta, fornida, musculosa, con una cierta descarada expresión que le hacía atrayente. Más de la mitad de su atezado rostro se ocultaba detrás de unas patillas y un mostacho. Iba con un grueso garrote de roble, y daba la sensación de no llevar otras armas. Nos saludó inclinándose torpemente, soltando un *buenas noches*, cuyo acento, aunque algo adulterado por el suizo, traslucía claramente su origen parisiense.

- Siéntese, amigo... - ofreció Dupin -. Supongo que viene por el orangután. Le aseguro que casi me da envidia. ¡Qué animal más hermoso! ¡Y de mucho precio, no hay duda! ¿Qué edad tiene?

El marinero respiró largamente, con el aire de un hombre que se encuentra aligerado de un gran peso intolerable, y luego, con voz

templada, habló:

- No puedo precisárselo, señor; pero calculo que no puede tener más de cuatro o cinco años. ¿Lo guarda usted aquí?

- ¡Oh, no! Esta habitación no reúne condiciones para guardado. Lo deposité en una cuadra de alquiler, en la rue Dubourg, cerca de aquí. Si usted quiere, mañana por la mañana, podrá recuperado. Por descontado, supongo que podrá usted demostrarme su propiedad.

- A bien seguro, señor

- Lamentaré de veras desprenderme de él - dijo Dupin.

- Comprendo muy bien, señor, que no se habrá usted tomado tantas molestias para nada - dijo el hombre -. Ni pensarlo. Y, muy gustoso, estoy dispuesto a pagar una gratificación por el hallazgo del animal; es decir, algo razonable.

- Bien - contestó mi amigo -. Lo que me dice es muy justo. Vamos a ver: ¿qué le voy a pedir yo a usted?... ¡Ah, ya lo sé, se lo voy a decir!... Mi gratificación será la siguiente: usted me dirá todo cuanto sepa en relación con los asesinatos de la rue Morgue.

Dupin pronunció estas últimas palabras en un tono bajo y muy tranquilamente. También, con la misma tranquilidad, se dirigió a la puerta, la cerró y se guardó la llave en el bolsillo. Entonces se sacó una pistola del pecho y la puso, sin la más mínima agitación, sobre la mesa. El rostro del marinero se enrojeció como luchando con un arrebato de sofocación. De súbito, se puso en pie y esgrimió su garrote; pero fue una reacción fugaz, e inmediatamente se desplomó sobre la silla, temblando violentamente y con la muerte en la cara. No podía pronunciar una palabra. Yo le compadecí de todo corazón.

- Amigo mío - dijo Dupin con bondadosa voz -, le aseguro que se alarma sin motivo. No tenemos la intención de causarle el menor daño. Le ofrezco a usted mi palabra de honor, de caballero y de francés, que no pretendemos perjudicarlo. Se perfectamente que es usted inocente de las atrocidades de la rue Morgue. Pero no se puede negar que en cierto aspecto, se halla usted implicado. Por lo que ya he dicho, comprenderá que acerca de este asunto he dispuesto de medios de

información que ni en sueños puede imaginarse usted. El caso se presenta clarísimo: Nada usted podía hacer que hubiese podido evitar; ni nada ha hecho, ciertamente, para que se le declare culpable; nadie puede acusarle de ladrón, y podría usted haber robado impunemente; nada tiene que ocultar, ni tiene motivos para pretenderlo... Por otro lado, usted está obligado, por todos los principios del honor, a confesar todo cuanto sepa de este desgraciado asunto, pues no debemos de olvidar que un inocente se halla encarcelado, un inocente a quien se acusa de un crimen cuyo autor usted y sólo usted puede señalar. Cuando Dupin terminó de pronunciar estas palabras, el marinero había recuperado algo su presencia de ánimo. Aunque nada en absoluto quedaba de su arrogancia.

- ¡Qué Dios me proteja! - exclamó, después de una breve pausa -. Le diré todo cuanto sé de este maldito asunto, pero no va a creer ni la mitad de lo que yo voy a decir, estoy seguro. ¡Loco sería si lo creyese! Sin embargo, *soy inocente*, y, aunque me vaya la vida en ello, le abriré mi corazón.

En resumen, nos contó lo siguiente:

Recientemente, había efectuado un largo viaje por el Archipiélago Indio. El formaba parte de un grupo que desembarcó en Borneo, y se adentró hacia la selva para una excursión de placer. Entre él y un compañero lograron capturar aquel orangután. El compañero murió y el animal quedó de su exclusiva pertenencia. Después de molestias sin fin causadas por la indomable ferocidad del cautivo durante el viaje de regreso, logró encerrarlo en su misma casa de París, donde, para evitar la insoportable curiosidad de los vecinos, lo recluyó y cuidó pacientemente, al objeto de que se le curase una herida que, con una astilla, se había producido a bordo, en el buque. Su proyecto, en último caso, era venderlo.

Una noche, o, más exactamente, una madrugada, al regresar de una francachela con unos marineros, se encontró al animal instalado en su propia alcoba: se había escapado del cuarto donde él confiaba tenerlo a buen recaudo. Enjabonado y sentado ante el espejo, y con una navaja

de afeitar en la mano; intentaba afeitarse; operación que, indudablemente había visto de su amo a través del ojo de la cerradura. El hombre, aterrado, al darse cuenta de la inesperada situación, arma tan peligrosa en poder de un animal tan feroz, y sabiéndole muy sobradamente capaz de utilizada a ciegas, durante unos segundos no supo qué hacer.

Con frecuencia - pero no en situaciones tan alarmantes - había logrado reducir al animal en sus accesos más furibundos con el látigo, y también en aquella ocasión recurrió a él. Pero el orangután, al ver el látigo, de un prodigioso salto se puso fuera de su alcance y de la habitación, echó a correr escaleras abajo, y desde allí, al ver una ventana fatalmente abierta, se tiró a la calle.

El francés, desesperado, le siguió. El orangután, sin soltar la navaja, de cuando en cuando se paraba, se volvía y le hacía muecas, hasta que el hombre llegaba cerca de él, y entonces alargaba distancias de nuevo.

Así la inútil persecución duró un buen rato. Serían alrededor de las tres de la madrugada y las calles estaban sumidas en un profundo silencio.

Al descender por una callejuela situada detrás de la rue Morgue, la atención del fugitivo fue absorbida por una luz que procedía de la ventana abierta de la habitación de madame L'Espanaye, en el cuarto piso de aquella casa. El orangután se precipitó hacia allí, y, al descubrir la cadena del pararrayos, ágilmente trepó por ella, se agarró al postigo (que estaba abierto de par en par hasta la pared), y, apoyándose en ésta, saltó directamente sobre la cabecera de la cama. Todo esto transcurrió en menos de un minuto. El orangután, al entrar en la habitación de Madame L'Espanaye, con las patas había rebotado el postigo contra la pared, el cual quedó como antes.

El marinero, entretanto, se sentía contento y perplejo a la vez. Tenía esperanzas de capturar al animal, ahora que le sería muy difícil de escapar de la encerrona donde se había metido, a no ser que se decidiera por la cadena, y él entonces, le podría salir al paso. En cambio, sentía una tremenda inquietud por lo que pudiese ocurrir en el interior de la casa; y esta inquietud le hostigó a seguir en pos del animal.

Una cadena de pararrayos no es un escollo insalvable para un marinero; y una vez llegó a la altura de la ventana, cerrada entonces, se vio obligado a hacer alto en su expuesto viaje. Todo lo más que pudo hacer fue lanzar una ojeada al interior de la habitación, y lo que vio le llenó de horror, sus manos se aflojaron y, por poco, cae en el vacío. Entonces se oyeron aquellos terribles gritos que retumbaron en el silencio de la noche y despertó al vecindario de la rue Morgue. Madame L'Espanaye y su hija, vestidas con ropa de noche, estaban, al parecer, ordenando papeles en la arquita de hierro tantas veces nombrada, en el centro de la habitación. Estaba abierta y su contenido esparcido por el suelo. Las víctimas, sin duda, se encontraban situadas de espaldas a la ventana; y, por el tiempo transcurrido desde la irrupción de la bestia hasta los gritos de las mujeres, es probable que no se apercibieran de él en seguida. El golpe del postigo debe de ser atribuido, naturalmente, al viento. Cuando el marinero pudo mirar al interior de la habitación, el terrible animal asía a madame L'Espanaye por los cabellos (en aquellos instantes se estaba peinando y los tenía sueltos) y accionaba con la navaja ante el rostro de su enloquecida víctima, imitando los gestos de su amo cuando se afeitaba. La hija, desvanecida, yacía en el suelo. Los desesperados gritos y estériles esfuerzos de la anciana señora (durante los cuales le fueron arrancados gran número de cabellos) irritaron y encolerizaron al orangután, cuyos primeros propósitos eran, probablemente pacíficos. Y con un enérgico movimiento de su hercúleo brazo, casi le separó la cabeza del tronco.

Al ver tanta sangre, su ira se convirtió en frenesí. Rechinando los dientes y despidiendo fuego por los ojos, se abalanzó sobre el inerte cuerpo de la hija y hundió sus nervudas garras en aquella frágil garganta, sin soltar su presa hasta haber expirado... Sus extraviadas miradas se fijaron, entonces, en dirección a la cabecera del lecho, y descubrió la cara de su amo, rígido, apenas visible en la oscuridad.

La furia de la bestia, que no se olvidaba del eficiente látigo, de pronto se transformó en pánico. Comprendió que lo que había hecho merecía un castigo, y demostró querer ocultar su sangrienta acción. Angustiado y

nervioso, empezó a dar vertiginosos saltos por la habitación, derribando y destrozando muebles con sus movimientos, levantando los colchones y otros enseres. Por fin, se apoderó del cuerpo de la joven con sus manazas, y, a trompicones, lo introdujo fácilmente por la chimenea tal cual fue descubierto. Luego se precipitó sobre el cadáver de la madre y, como una pavesa, lo lanzó de cabeza por la ventana.

El marinero, al ver que el orangután se acercaba a la ventana con aquel cargamento siniestro, retrocedió, horrorizado, hasta la cadena del pararrayos, y, más que agarrándose a ella, se deslizó, sin fuerzas...

Con un miedo espantoso y temiendo las consecuencias de aquella horrible carnicería, el marinero se fue precipitadamente a su casa, sin preocuparse por el orangután, abandonándolo de buen grado a su suerte.

Las palabras oídas por los testigos eran las exclamaciones de horror proferidas por el marinero mezcladas con el diabólico guirigay de la bestia.

Poco me resta por decir.

El orangután debió de escapar por la cadena del pararrayos, momentos antes de ser forzada la puerta de la habitación. Y al atravesar la ventana, debió cerrarla maquinalmente.

Algún tiempo después, fue capturado por el propio marinero, quien lo vendió, por una fuerte suma, al *Jardín des Plantes*.

Lebon fue puesto en libertad inmediatamente, después de contar nosotros todo cuanto sabíamos (sazonado con algunos comentarios de Dupin) en el despacho del prefecto de Policía.

Este funcionario, por muy bien dispuesto que se mostrara en favor de mi amigo, tampoco podía disimular su mal humor por el giro que había tomado el asunto, y se permitió unas frases sarcásticas sobre la conveniencia de que cada persona debería de cuidarse sólo de sus personales asuntos.

- Dejémosle charlar - me dijo luego Dupin, que no había creído oportuno el replicar -. Que charle y así aligerará su conciencia. Yo me encuentro francamente satisfecho por haberle batido en su propio

castillo. De todas maneras, no haber dado en el *quid* de este misterio, no es tan extraño como él supone, porque, en verdad, nuestro amigo el prefecto posee la suficiente agudeza para pensar con profundidad. Su sabiduría carece de base. Toda ella es cabeza, y sin cuerpo, como las pinturas de la diosa Laverna, o, dicho de otra manera, todo cabeza y espaldas, como un bacalao. Aunque, después de todo, es una buena persona. Le estimo especialmente por un género magistral de afectación de principios, gracias al cual ha obtenido reputación de talentado. Me refiero a su manía de *negar lo que es y explicar lo que no es*.

FIN